



Una terrible derrota para Puerto Rico

La decisión del Presidente Reagan de pedirle al Congreso la eliminación de la Sección 936 representa una de las peores derrotas que jamás ha sufrido Puerto Rico en Estados Unidos.

Es cierto que el Departamento del Tesoro ha mejorado considerablemente la alternativa que propone —el crédito salarial. Y es cierto, como dicen los líderes del Gobierno de Puerto Rico, que existe la posibilidad real de que Puerto Rico gane la batalla en el Congreso: es decir, que el Congreso decida retener la 936.

Pero sería un grave error subestimar la importancia de lo que ha ocurrido.

La presión que se le puso al Presidente Reagan para que no tocara la 936 fue tremenda. Es posible que haya recibido más presión sobre la 936 que sobre cualquier otro renglón en su gigantesco plan de reforma contributiva.

El gobernador Hernández Colón le envió una carta, le llevó un poderoso informe al Secretario del Tesoro James Baker, visitó al vice presidente Busch, y fue acompañado en dos ocasiones por Luis A. Ferré, el "Mr. Republican" de Puerto Rico. El Gobernador logró que numerosos jefes de estado del Caribe y de América Central le enviaran cartas al Presidente. Nada menos que David Rockefeller se unió a la campaña a favor de la 936; no solamente un banquero de gran prestigio, pero considerado un experto en asuntos de América Latina.

Nada de esto tuvo efecto sobre Reagan.

Demás está decir, las propias corporaciones 936 llevaron a cabo su propia campaña en Washington: muchas de ellas son empresas de considerable poder económico y político.

Hernández Colón y sus asesores en Washington lograron el respaldo decidido de varias importantes agencias del Gobierno Federal. El Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, el Consejo de Seguridad Nacional —todos respaldan la 936. Uno pensaría que cuando se trata de la "defensa nacional" seguramente reaccionaría el Presidente Reagan. Equivocado. No ha tenido efecto.

Y la pregunta obvia es ¿por qué?

La contestación está en el informe del Presidente. Aquí aparece exactamente la posición del Departamento del Tesoro. Si es cierto que hubo una pequeña "guerra" entre Estado, Defensa y Tesoro sobre la 936, es evidente que Tesoro ganó totalmente. Lo que ha ocurrido en toda esta batalla es que el Tesoro está más opuesto a la 936 que nunca. Lo que aparece aquí es el más duro ataque a la 936 que jamás se ha hecho por el Gobierno Federal.

No sirve, insiste el Presidente. La 936 permite a unas empresas, mayormente las farmacéuticas, hacer enormes ganancias sin crear suficientes empleos. Las enmiendas hechas a la 936 en 1982, que tenían el propósito de reducir estas ganancias, no han funcionado: de hecho, las ganancias han aumentado sin crear más empleos.

El Presidente ha hecho suya la actitud esencial del Tesoro: la 936 es tan y tan mala que no hay manera alguna para salvarla. La única solución es eliminarla. Reagan propone el plan de crédito salarial —en efecto, esto le da alivio contributivo a cada industria a base del número de empleos que ha creado— y a la vez dice que está abierto a nuevas ideas de cómo ayudar a

Puerto Rico a crear empleos. Pero lo que es ya un punto sagrado, no debatible para el Presidente, es que la 936 se vá.

El punto es claro. Cuando uno entra en un debate con una persona, uno espera que poco a poco uno pueda ganárselo, sino totalmente, parcialmente. Uno espera que cambie su posición y se acerque a uno. Pero lo que hemos visto aquí es que mientras más ha luchado Puerto Rico para salvar la 936, más ha crecido la oposición, la hostilidad del Departamento del Tesoro.

Pero ¿no es posible que el Tesoro, después de todo, tenga razón?

Por supuesto. La verdad obvia es que algunas corporaciones 936 están recibiendo unos beneficios contributivos gigantes que ni remotamente se justifican por los empleos que ha creado. Es así. Pero donde el Presidente Reagan ha cometido un tremendo error es en no ir más allá de este argumento. ¿Qué pasa si se elimina la 936? Se le hace un terrible daño a Puerto Rico, sin beneficio alguno para Estados Unidos.

Ahora la batalla se traslada al Congreso. Uno quisiera pensar que el argumento de Puerto Rico es tan sólido que va a prevalecer. Ningún Presidente puede soñar lograr todo lo que quiere de un Congreso.

Pero la oposición del Tesoro a la 936 se ha convertido en algo casi fanático, casi religioso, casi una obsesión. Muchos pensaban que nunca iban a convencer a Reagan. Lo hicieron. Si todo lo que hizo Puerto Rico no tuvo éxito en la Casa Blanca, ¿qué habrá de hacer en el Congreso para convencerlo?